Año XVI Jueves 17 de Octubre de 1907 Núm. 374

LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

Consultor de la Sagrada Congregación Romana del Indice

Sección Oficial

En la sesión privada del día 20 terminará el Sr. Modesto Vidal su disertación sobre «La unidad nacional, política y religiosa de España en tiempo de los Reyes Católicos», abriéndose discusión sobre dicho tema.

Barcelona 15 octubre de 1907.

El Presidente,
José Castany y Gelats

El Secretario,
Carlos Ziegler

EL P. CARLOS LASALDE

(*Continuación*)

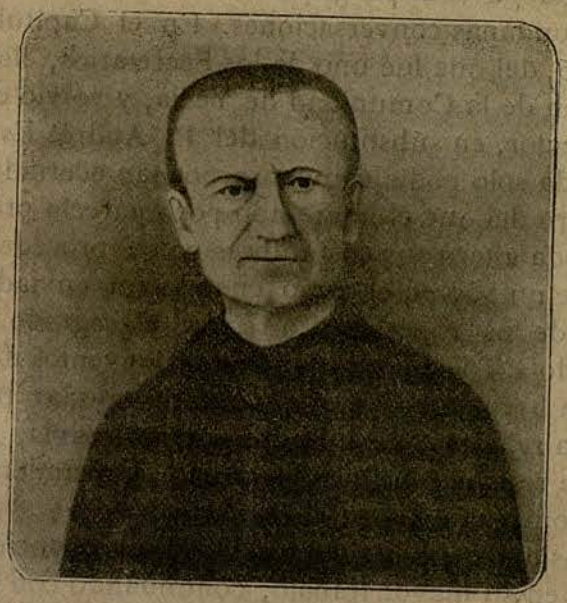
Con tan sólidos fundamentos tenía bien asegurada, y cada día se acrecentaba más su reputación en el claustro y entre los seglares, sin que de las numerosas relaciones de amistad que le granjearon sus dotes personales y sus trabajos científicos usara jamás, para otros favores ni servicios, que los relacionados con sus estudios, siendo los libros *sus amigos y confidentes preferidos*. En medio de sus obligaciones, á que nunca faltó, y de las múltiples atenciones que se imponía para el estudio, se complacía en ser útil á los demás: todos podían contar, para las grandes empresas, con su prudencia, con sus consejos y con sus luces.

Se complacía, por lo mismo, en asociarse á los demás, y con suma delicadeza ponía en otras manos trabajos de su ini-

ciativa cuando eran incompatibles con los que él tenía emprendidos. Así se inauguró la serie de libros de texto para las clases de enseñanza primaria: *Cartilla de Agricultura, Industria y Comercio;* la *Aritmética elemental* y la *Física* del Padre Manuel Gómez, y la *Fisiología é Higiene* del P. Pedro. Mientras tanto preparaba la publicación de su *Curso de latín;* publicaba la *Quinta de Peñalbilla* y *Tradiciones históricas;* y á esa época corresponde lo que dice en el Prólogo de la *Historia literaria:* «Años hacía que me ocupaba en reunir datos para escribir la Bibliografía de las Escuelas Pías de España, y aun con el título de *Plan de una biblioteca hispano-escolapia* había formado un catálogo de ciento treinta y dos escritores, y sobre esta base había seguido trabajando después». (Pág. XI del prólogo). El catálogo de referencia se imprimió en la imprenta que entonces tenía el Colegio de Yecla, dirigida por el P. José M.ª Gómez: conservo, como he dicho, ejemplares de aquellos primeros trabajos de la *Bibliografía escolapia.*

No se me oculta el desorden con que vienen á mi memoria los acontecimientos que trato de narrar, y confío en que cada uno sabrá aplicarlos convenientemente. He mencionado el *Curso de latín,* y aunque la parte crítica corresponde á la bibliografía, hay algo que pertenece á la historia y no debe omitirse. Las reformas de la enseñanza del latín, emprendidas por el P. Carlos, rompiendo, como vulgarmente se dice, antiguos moldes, han sido muy discutidas: esta circunstancia aumenta su valor, y son su mejor elogio las censuras que se le dirigen. Nada vulgar ni efímero alcanza los honores de la discusión. Cuando se publicaron la primera y segunda parte, que fueron libro de texto en el Colegio, estaba encargado yo de uno de los cursos: debo conocer el libro. A la sazón formaba parte de la Comunidad el P. Ildefonso Fernández, que entre los Profesores de latín de la Provincia de Castilla tenía fama de competencia bien adquirida y aprobada: sus profundos conocimientos en el idioma de Cicerón, junto con la fogosidad de su carácter, fueron origen por bastante tiempo de empeñada polémica sostenida con el P. Carlos, sobre los pro-

cedimientos didácticos del latín. Como todas las cosas humanas tienen fin, y término todas las luchas, aquel combate literario terminó cuando menos lo esperábamos, con la sincera confesión del P. Fernández de que *no entendía el método del P. Carlos.* No estoy encargado de la vindicación de su memoria, ni creo que necesite tan ruin defensa; pero repito lo que el rigor histórico reclama. ¡Cuántas veces me ha hecho sospechar aquel recuerdo, si en muchas ocasiones el fuego de la discusión, que levanta mucho humo y poca llama, será alimentado con ramaje verde y no con leña bien formada!



P. CARLOS LASALDE DE LA PAZ

Nació el 4 de noviembre de 1841
† Murió el 4 de septiembre de 1906

Los sabios se forman por la voluntad y la constancia más que por el talento: tan fuerte era su voluntad y su constancia en el estudio, que impedido en 1880 por grave padecimiento á la vista, sin poder leer ni escribir, se valía de un amanuense para no perder el tiempo ni interrumpir los comenzados trabajos: sirvióle durante ese tiempo de ayudante mi herma-

no Ildefonso, que cursaba en el Colegio la carrera del Magisterio, y á quien hacía leer un rato en alguna obra de consulta, para trasladar inmediatamente al papel, por medio del dictado, las ideas que la lectura le sugería, y que completaban pensamientos caldeados por madura reflexión y detenido examen.

Aceptó los honores después de haberlos resistido, empleando tanto tiempo en rehusarlos como emplean otros en obtenerlos. No puede decirse de él que envileció la majestad del sacerdocio con la inseguridad ó flaqueza de una pasión, ni aun abandonarla al peligro de la ociosidad, ni al más funesto de mundanas conversaciones. En el Capítulo provincial de 1875, del que fué uno de los Secretarios, llevó la representación de la Comunidad de Yecla, y volvió con la patente de Rector, en substitución del P. Andrés Espinosa, de cuya pérdida sólo podía compensarnos tan acertado nombramiento, pero del que el interesado poco parecía preocuparse, pues en nada alteró sus costumbres y su proceder. Llevaba ya cerca de un año en el cargo cuando fuí enviado, con su venia y la de los superiores, á recibir el sagrado Orden del Presbiterado á Toledo: en uno de los Conventos de religiosas residía una hermana suya, á quien fuí á saludar por su encargo: ni la religiosa, ni su Padre que aun vivía, ni sus hermanos que residían en Portillo, tenían conocimiento de haber sido nombrado Rector el P. Carlos.

El tránsito de súbdito á superior sólo se conoció en su mayor celo y en su mayor trabajo, continuando con las mismas clases que desempeñaba, y por algún tiempo con las obligaciones todas de Director del Seminario. El mismo día que tomó posesión del cargo reveló la entereza de su carácter y los prestigios de que gozaba en la población. Para reclamar notables atrasos de la asignación que el Municipio venía obligado á pagar al Colegio por Escritura de fundación, dirigió una instancia al señor Alcalde Presidente del Ayuntamiento, en tales términos concebida, que á las ocho de la noche fué llamado para obligarle á retirarla: rápidamente circuló la noticia por la ciudad, y empezaron á formarse grupos

que cercaron en sospechosa actitud la morada de la primera autoridad. Esta en tanto, y ajena á lo que por fuera ocurría, increpaba en forma inconveniente al Padre Rector, creyendo intimidarle, y más irritado aún por la imperturbabilidad de éste, hubo de decirle—¿Pero no me contesta V.?—«Dispénseme, señor Alcalde, le dijo, yo acostumbro, mientras duran las tormentas, guarecerme bajo lugar seguro y encomendarme á Dios.» La tormenta pasó; acompañado en son de triunfo por multitud de gentes regresó al Colegio, y se le abonaron al siguiente día los atrasos que reclamaba.

Buenos eran los peldaños por donde había subido hasta crearse un nombre que no se olvidará en Yecla, y á captarse simpatías que son su mejor elogio y corona. El mismo año hubo de demostrarlo la población en el mes de septiembré, dando lugar á una página en nuestra historia contemporánea, que quizá sea única en la de nuestros Municipios. Nos hallábamos en plena guerra civil, y habíamos tenido ya más de una ocasión de sentir sus efectos. Amenazada la ciudad por la aproximación de las fuerzas del Maestrazgo, capitaneadas por el célebre Cucala, se reunió á las diez de la noche el Ayuntamiento en pleno para deliberar, y habiendo acordado abandonar las autoridades la población, fué llamado el P. Carlos para recibir el nombramiento de *Alcalde* y la confianza de todos. Las disposiciones que dió durante su *breve paso* por el Ayuntamiento, quedaron en proverbio: á los concejales, guardia municipal y serenos que le pidieron instrucciones contestó unánimemente: *Váyanse á descansar;* y dando el ejemplo se retiró al Colegio. La noche transcurrió sin alarma alguna, y supo al siguiente día inspirar á los vecinos tal confianza con sus palabras, que se atribuye á su hábil diplomacia el haber pasado la formidable partida sin penetrar en la población, y cediendo mucho de las exigencias formuladas. Antes de las veinticuatro horas estaba terminada su misión, y *resignaba el mando.*

Era difícil en aquellas azarosas circunstancias no dejarse influir por el fuego de las pasiones políticas que saturaba el ambiente y caldeaba los ánimos; pero él supo mantenerse

alejado de unas y otras ideas en tal forma, que honrado con la confianza de opuestos bandos se le constituía árbitro de diferencias, y en más de una ocasión logró ahogar en su origen funestas disenciones, ó extirpar rencores inveterados, y jamás, después de dispensado un favor, echaba de menos justas demostraciones de agradecimiento, delicado placer y la más inocente recompensa de un beneficio. Por todos era considerado como hombre justo, de conducta intachable, sacerdote ejemplar, apóstol infatigable, y el más apto para conservar el buen nombre y reputación que el Colegio se había captado con los sermones vespertinos de Cuaresma, instituídos por el P. Espinosa y sostenidos con su celo y con su brillante palabra. Llamado á la capital de la Provincia para un asunto urgente la víspera de una de las Dominicas de la Cuaresma de 1879, me encargó el sermón para el siguiente día: no me dió tiempo de reponerme del asombro, ni de escuchar justificadas escusas. Cuando tuve ocasión propicia de quejarme, suplicándole que en idénticas circunstancias me diera tiempo de estudio y preparación, me dijo.—«No me gustan los sermones preparados y estudiados: los santos predican constantemente con el ejemplo, y estudian en la oración y en la Biblia. Tal debe ser el ideal del orador escolapio.»

Por eso sin duda no faltaba nunca en su mesita de noche el crucifijo y la santa Biblia, en la que tenía costumbre de leer antes de conciliar el sueño, y así se explica la pasmosa facilidad y naturalidad con que hacía uso de los textos bíblicos en que inspiraba sus pláticas, sermones y exhortaciones, llenas de unción cristiana y alentadoras de las virtudes. Llamado para asistir á los enfermos redoblaba su celo apostólico, y á sus oraciones unía consuelos y atenciones paternales, especialmente en las familias pobres.

Si como súbdito no reparó en sacrificio alguno para granjearse el mérito de la obediencia, supo después conquistarse el respeto como Superior, y el amor como Padre. Se realizaron durante su rectorado en el Colegio las principales mejoras higiénicas y pedagógicas, que hacen de aquella una de las primeras casas de la Provincia escolapia de Castilla:

instalación del jardín botánico, Gabinetes de ciencias físico-naturales modelos en su género, el ya citado Museo arqueológico y el de Agricultura, que tanto mejoró después bajo sus iniciativas el P. Joaquín Roca, y ordenó y aumentó considerablemente la Biblioteca de Comunidad. Puede muy bien decirse de él que eran su pasión los libros, y que éstos parecían tener imán de atracción irresistible. Pude comprobar, examinando cuidadosamente los numerosos manuscritos que dejó el P. Manuel Gómez, que habían sido por él minuciosamente extractados todos los libros de aquella Biblioteca, tratados y Revistas de Física y Matemáticas, y fueron estos apuntes los que me inspiraron la idea, me dieron la clave y me proporcionaron abundantes materiales para la *Historia de los Matemáticos españoles* publicada en la Revista Calasancia, y la de los *Físicos,* que no hubo tiempo de publicar (1). De la misma manera puedo asegurar que eran conocidos del Padre Carlos todos los libros de aquella Biblioteca, relativos á historia, literatura, filología, antigüedades, no menos que los de ascética y Santos Padres. Los escritos menores de estas diferentes materias, que figuran con el número 29 en la *Historia literaria* publicados de 1869 á 92, bien puede afirmarse que tuvieron su cuna á sus comienzos en aquella Biblioteca, en la que no dejaba de entrar todos los días. Y del *Plan de Enseñanza primaria,* me son bien conocidos algunos de los programas que dictó durante su Rectorado para aquellas escuelas, en las que estableció como ejercicio diario la música y la gimnasia al aire libre en el patio interior del Colegio. En un artículo publicado en *La Fe*, y firmado por Domenech, se elogiaron acertadamente las mejoras pedagógicas y progresos que consiguió entonces con sus disposiciones.

Y desbordándose, por decirlo así, fuera del Colegio su actividad, fundábase bajo sus auspicios y con su dirección una Sociedad agrícola con conferencias semanales sobre cultivos, ganadería, análisis de abonos y de tierras, dadas por él mis-

(1) El Rvmo. P. Vicario general Juan Martra pidió y se le remitió del archivo del Colegio copia de los manuscritos sobre Matemáticas dejados por el P. Manuel.

mo y los respectivos profesores del Colegio, que fueron de gran utilidad á la población de Yecla, esencialmente agrícola, y que contribuyeron á refrendar su autoridad y su prestigio. Además de las publicaciones que figuran entre sus escritos y le acreditan de Agrónomo, hizo ensayos repetidos sobre el *esparto,* importante producto natural de los montes de Yecla y Jumilla, y de mucho valor antes de la competencia con el procedente de las Colonias argelinas francesas: del recolectado por él en condiciones especiales mandó muestras y una Memoria á la exposición regional de Lorca en 1874, obteniendo premio del jurado y diploma correspondiente. Concurrió también con diversos trabajos debidos á su poderosa iniciativa y como procedentes del Colegio, á las exposiciones de Murcia, Viena, París y pedagógica de Madrid, obteniendo en todas premios ó menciones honoríficas, que guarda aquel archivo como el mejor testimonio de los frutos recogidos en el campo de la enseñanza bajo la acertada dirección del Padre Carlos.

Para la Exposición universal de París ideó el aparato *cosmográfico* de su peculiar invención, y construído en Yecla por el modesto artista D. José Mora: llamó poderosamente la atención en aquel público Certamen internacional, no menos que después en la *Exposición pedagógica de Madrid,* en la que se otorgaron varios premios á la instalación de las Escuelas Pías. Algún periódico ó periodista mercenario ó mal informado, con motivo del triunfo obtenido por nuestra Corporación en esta Exposición, habló muy desfavorablemente de otros Institutos docentes, especialmente de la *Compañía de Jesús:* salió valientemente y con noble imparcialidad á la defensa de los mismos en *El Zuavo* de Valencia con el memorable artículo *Los jueces legos y la Exposición pedagógica de Madrid.*

ANGEL V. ALONSO

(*Continuará*).

DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN

SEÑORES:

Vengo á esta fiesta literaria y entro en este palenque, donde hoy se rompen lanzas y se suenan adargas en honor del Príncipe de los ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra, requerido por vuestra buena voluntad, que no vió en mí, sin duda alguna, la carencia de todas las dotes y destrezas del buen mantenedor. Y puesto que la amistad os puso vendas en los ojos, no seré yo quien me entre ahora por vuestros oídos á los dominios de la inteligencia con el relato penoso de las miserias de mi imaginación, de las nubes de mi entendimiento, obscuro de suyo, y de los pocos bríos del sentimiento.

Cumpliré, como Dios me dé á entender, con las leyes de la amistad, tan dignas de respeto como las leyes del honor, esperando que el cielo, que no se enoja de las buenas intenciones, venga en mi ayuda con su poder.

Y lo primero que voy á asegurar es que no soy extraño á vuestra alegría, ni vengo solo con estos hábitos á tomar parte en el regocijo de los demás. Que como se trata de prestar homenaje voluntario al Príncipe de los ingenios en el tercer centenario de la aparición de su *Don Quijote* en la república de las letras, vienen conmigo, ó mejor dicho vengo yo con ellos y como el último mesnadero de sus huestes, y entro en esta plaza con Gonzalo de Berceo, aquel piadoso sacerdote de San Millán de la Cogulla, primer poeta español de nombre conocido, de abundante vena, creador de la leyenda histórico-religiosa en nuestra Patria, quien trae por pajes de brida aquel levantisco monje de Arlanza que escribió el poema del Conde Fernán González, y el otro beneficiado de Ubeda, que continuó el poema de Alexandre; aquí entra aquel regocijado y travieso Arcipreste de Hita, que pulsó todas las cuerdas de la lira, desde la canción religiosa hasta la sátira, y trae arreos de príncipe, pues que lo fué de los poetas castellanos de la Edad Media; aquí viene Fray Martín de Córdoba, que escri-

bió el *Vergel de las nobles doncellas,* y Alonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, con su *Reprobación del amor mundano;* aquí el insigne Obispo de Burgos, D. Alfonso de Cartagena, con su *Memorial de virtudes,* y aquí D. Juan de Padilla, imitador del Dante en los *Doce triunfos de los Apóstoles;* aquí Fray Iñigo de Mendoza, discípulo del caballero, orador y poeta, D. Gómez Manrique y Fray Ambrosio Montesino, vate religioso de la Corte de la Reina Católica; aquí los místicos españoles, ricos de letras y de amor de Dios, pródigos de las luces de su ingenio, que iluminaron y alegraron el cielo de España, cuando el astro rey, embelesado con su hermosura y bizarría, no osaba apartar sus ojos de los dominios de nuestras armas, y por cuya habla rica y sonora y llena de inextinguible vida seguiremos siendo, hasta la extinción del tiempo, á despecho de envidiosos detractores y tiranos y piratas, los regios dominadores del Nuevo Mundo; aquí Juan de Castellanos, que en el último tercio de la vida cantó, enamorado con senil amor, *Las elegías de varones ilustres de las Indias;* aquí Solís, cuya *Historia de la conquista de Nueva España* tiene todos los arranques épicos y las artísticas disposiciones de una epopeya; aquí Herrera, ya afinojado y melancólico, ya resonando la épica trompa por la victoria de Lepanto; aquí Mariana, haciendo á las veces sombra á Tácito y Tito Livio y Jenofonte, y seguido, como noble infanzón, de sus escuderos los Padres José de Sigüenza, Martín de Roa, Antonio de Fuenmayor y Prudencio de Sandoval; aquí Góngora, allegando, al dormitar de su ingenio, nuevas voces al tesoro de nuestra lengua, y recreando el ánimo de la Patria con el son argentino de sus artísticos romances; aquí Espinel con su *escudero Marcos de Obregón,* por cuyas venas corre la sangre aventurera y picaresca de Gil Blas de Santillana. Aquí dignos de vuestro respeto y agasajo los grandes dramaturgos españoles, los que llevaron en triunfo el nombre de España como una bandera nunca vencida ni superada, y son aún ricos veneros adonde vienen á enriquecerse ingenios envidiosos de nuestra fortuna; ellos son y vienen como nobles capitanes, haciendo mesura á Cervantes, Lope de Vega,

fénix de nuestros siglos de oro y de todos los siglos; Calderón, el de la *Vida es sueño;* Tirso de Molina, el de la *Prudencia en la mujer,* y Moreto, el de *El valiente justiciero,* que subieron con alas de águila á las alturas del genio griego, cuando éste rugía y lloraba con Eurípides de Salamina y reía y satirizaba con Aristófanes de Atenas. Tras esta sublime manifestación del ingenio de nuestra Patria, nunca tan espléndida como en aquella áurea edad, yo escucho sonar de épicas arpas mezclado con notas alegres de risas, como en día de verdadera expansión del alma: son Fray Alonso de Acebedo cantando la *Creación del mundo;* Fray Diego de Hojeda, *La cristiada;* el obispo Valbuena, el *Bernardo;* Villaviciosa, la *Mosquea,* emulando á Homero, y el sacerdote Rodrigo Caro, cantando con acento doliente, que llega á la médula del alma, con la visión no sé si de cosas presentes ó futuras:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.....

Luego se acerca, levantándose entre una muchedumbre de mediocres ingeniecillos, corruptores del habla castellana, el Padre Lorenzo Hervás con su hermoso *Catálogo de las lenguas,* y el Padre Alvarado, lleno de sales y hondo filosofar, conteniendo con sus *Cartas críticas* la corriente enciclopédicoasoladora de todo bien, y el Padre Esteban Arteaga, primer estético español, y los dos Benedictinos, honra de la añeja tierra cristiana del Miño y el Cabe, el gran crítico Feijoo y el excelente polígrafo Martín Sarmiento; y el Padre Flórez con su *España Sagrada,* historiando ya á la manera moderna; y pintando en nuestro rostro la mueca retozona de la burla el Padre Isla con su *Fray Jerundio de Campazas;* y Fray Diego González con su *Murciélago alevoso,* en armonioso contraste con Lista, que viene cantando á la *Muerte de Jesús,* porque todos la olvidan; y D. Juan Nicasio Gallego, airado aún con la traidora invasión napoleónica; y el Padre Basilio Bogiero, en fin, Escolapio, maestro de Palafox, orador y poeta, que fué el Tirteo que, con sus nerviosos cantos á la independencia Patria, mantuvo entera el alma de

Zaragoza y dió por ella la vida sobre el puente del Ebro, muerto á traición por los flamantes vencedores de Austerlitz y Marengo.

Yo no quiero contar, por innumerables y porque aun no están juzgados por la historia crítica, la hueste de sacerdotes escritores del siglo que pasó: entre ellos se descubren por su gigantesca figura, Balmes, el del *Criterio,* y Mosén Verdaguer con su *Atlántida* y sus *Místicos idilios,* nacidos de un corazón hermosamente cristiano.

Todos estos sacerdotes prueban la parte activa y el hondo regocijo que la Iglesia española toma en estas fiestas celebradas en honra del Príncipe de los ingenios, Miguel Cervantes Saavedra. Y el tema que me ha cabido en suerte para su desarrollo *El Quijote y la Religión,* lo ha de probar más.

I

«Religión—dice el Diccionario de la Lengua Castellana de la Real Academia Española—es virtud moral con que adoramos y reverenciamos á Dios, como á primer principio de todas las cosas, dándole el debido culto con sumisión interior y exterior nuestro, confesando su infinita excelencia.» Y religión católica, que es la que profesamos nosotros y profesó Cervantes y la que asoma la cara al través de la mayor parte de los hechos de D. Quijote, será la virtud moral y la fe, que se nos da en el bautismo, con las cuales adoramos y reverenciamos á Cristo, como á nuestro Redentor, y seguimos su doctrina.

Y esta Religión, y no otra de paganos ni de turcos, es la que profesa el Ingenioso hidalgo manchego, la que le sale á Sancho por todos los poros del cuerpo y la que practican de buena voluntad gran parte de los personajes secundarios de esta novela, sola y única en la historia de las Letras.

Cada uno da lo que tiene, y aquel soldado de la Cruz, que peleó en Lepanto contra la Media luna, y derramó su sangre generosa en defensa de la fe de Cristo; aquel que con su palabra arrebatadora convencía á los cautivos renegados de lo horrendo de su apostasía y los hacía tornar arrepenti-

dos á los brazos de la Iglesia, nuestra Madre; aquel, que llegó al heroísmo de la caridad cristiana, queriendo sufrir él solo los castigos de una culpa noble, que era común á sus compañeros de cautiverio, cuando intentó la fuga y quiso alzarse con Argel y tornó las cadenas en armas y la paciencia que sufría en las mazmorras en arranques homéricos del Cid, cuando desterrado de Castilla, ensanchaba las fronteras de la patria á tajos de su tizona; aquel que nunca tomó venganza de sus enemigos envidiosos y calumniadores, no podía dar otra cosa de sí que la fe de Cristo en que nació, ni al dar alma á los hijos de su pensamiento les pudo comunicar otra alma que chispas y ráfagas de aquella heroica fe, por la cual el relato de su propia vida es la más hermosa é interesante de sus novelas ejemplarísimas.

El Quijote fué lo que le quedó por hacer en bien de sus prójimos, lo que no llevó á cabo atajado por sus desdichas, lo más generoso de su corazón, desprendido y liberal, lo más subido en quilates de su opulenta imaginación y lo mejor concertado de su pensamiento: aquella estatua que modeló en la obscuridad del calabozo á golpes de desventuras, y rasgueó con el cincel de la risa y perfeccionó con los últimos toques del humorismo, que es amalgama de burlas y de llanto; aquella estatua insigne, á la que después dió por alma su propia alma, soñadora y audaz, con todas las audacias reprimidas en la noche de su prisión y rebosantes de luz y de alegría, como engendradas en aquel corazón sano, con la salud de la nobleza cristiana y que nunca enfermó de envidia, que es ira triste y melancólica y mal humorada, del bien de los demás.

La suma virtud de su héroe fué la fortaleza, la cual, como dice el filósofo Estagirita, tiene dos partes, que son el *acometer* y el *sufrir*, cuyas dos virtudes no fueron vistas en toda su pujanza por humanos ojos, hasta que Cristo Nuestro Señor, *acometió* la hazaña de hacerse criatura, siendo Criador, y *sufrió* la muerte, siendo inmortal. Este es el espejo claro ante el cual se encuentran deformes los héroes del paganismo, los cuales, si tienen la audacia de acometer grandes empresas, se

hallan desposeídos de la heroica virtud del sufrimiento, por cuya ausencia se vieron malogradas y no tuvieron digno remate sus hazañas más valerosas.

¿Y quién, diré yo ahora, haciendo la debida separación entre lo divino y lo humano y no queriendo barajar el cielo con la tierra, fué más acometedor de empresas arriesgadas y erizadas, como los Alpes, de dificultades, que D. Quijote de la Mancha? ¿Quién tuvo más paciencia en la adversidad, ni contó como sufridas más derrotas, que el caballero de la Triste Figura? Yo no os haré el recuerdo de sus hazañas, de todos bien sabidas, porque no hubo sombra de miedo ó de injusticia que no recibiera el bote de su lanza, ni hubo caballero, ni castillo, ni león, ni ejércitos encontrados y trabados en batalla, ni carro de las Cortes de la Muerte, ni hueste de gigantes en los campos de Montiel, que no fueran acometidos con valentía por el esfuerzo de su brazo. ¿Qué culpa tuvo D. Quijote de que los castillos fueran ventas llenas de traginantes y hembras *del partido,* y no de guerreros y doncellas de honesto recato, ni de que los gigantes fueran molinos de viento y los ejércitos puestos en batalla, cuyos príncipes y capitanes él conoció y nombró con lengua de Homero, fueran humildes y tranquilas manadas de ovejas? Él acometió aquellas aventuras con el denuedo del que pelea con lo cierto y con lo real y no se le amilana el valor por verse uno contra mil, ni se le cae la lanza de las manos, cuando la enristra contra desaforados gigantes. *Es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra,* y allá se va el cristiano aventurero con tanta valentía como Cortés á derribar los mejicanos ídolos.

Chocó el valor, por falta de juicio, con la materia y la fuerza de su brazo flaco, con el ímpetu del viento y la nobleza de su ánimo, con la malicia humana, y de aquí nació la risa y los refranes de Sancho, porque de aquí nacieron sus descalabros.

Ponderar con que paciencia los sufrió, es obra larga y minuciosa. Jamás en viéndose vencido y maltrecho dió voces impías contra Dios, ni se descompuso su semblante con mue-

cas de ira ni ademanes de desesperación. Con ánimo entero sufrió las heridas y humillaciones, y aun cuando su risible figura rodó muchas veces por el suelo, aporreada de yangüeses y pastores y desagradecidos galeotes, jamás rodaron su denuedo y su paciencia, ni cambió de semblante, que siempre su ánimo se tuvo de pie seco y enhiesto, como su lanza. Y si algún pecado venial cometió su paciencia y alzó más de una vez el cuento de su pica contra su escudero, más culpa tuvieron las bellaquerías de Sancho y sus mal disimuladas burlas, que las humillaciones de las derrotas. Así fué de acometedor y de sufrido el valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, porque tal era su fe en Dios y sus virtudes cristianas. Estas vinieron en él á pesar de su locura y cuando á la hora de su muerte, Dios, remunerador de justos y de inicuos, le volvió el juicio, que le arrancaron y saquearon sus endiablados libros, él murió como bueno, en paz con su conciencia, confortado con los Sacramentos, y sin otros odios ni encargos de venganza, que un legado de ira justa y sana á los perjudiciales libros de caballería.

Y porque no se crea que esta manera de discurrir sobre D. Quijote es solamente mía por ser ministro de Cristo, que todas las buenas obras de arte las quisiera para Dios, hable el gran poeta ruso Turguenef y exprese sus ideas hondas sobre el héroe manchego: «D. Quijote—dice Turguenef—expresa por cima de todo la fe, la fe en algo eterno é inmutable, la fe en la verdad, que se halla fuera del individuo y que no se entrega á él sin exigirle rendido culto y sacrificios, largas luchas y grandes arrestos. D. Quijote está por completo penetrado del amor al ideal; para alcanzarle está pronto á padecer todas las privaciones, á sufrir todas las humillaciones, á dar su vida... D. Quijote creería indigno de él vivir para sí mismo, cuidarse de su persona; vive constantemente fuera de sí, para los demás, para sus hermanos; vive para extirpar lo malo, para combatir á las fuerzas enemigas del hombre, gigantes, encantadores, opresores de los endebles. No hay en él rastro de egoísmo, jamás piensa en sí; todo es sacrificio».

Hasta aquí el poeta ruso, enamorado del héroe de Cervan-

tes, cuyas obras leía diariamente en castellano, para dar pasto á su alma con aquel sabrosísimo manjar que cría héroes; y todo lo anteriormente dicho por él trasciende á cristianismo, puesto que sabe á sacrificio y á caridad con los prójimos.

Mas porque el temple del alma y su buena ó mala condición suele manifestarse no sólo en las obras, sino en las palabras, que á las veces se salen de la boca sin el cabal consentimiento de la razón, oigamos las que á D. Quijote le nacieron de la mitad del corazón, con los consejos que le dió á Sancho en vísperas de gobernar la ínsula Barataria.

«Primeramente ¡oh hijo! dice D. Quijote, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría y siendo sabio no podrás errar en nada.

»Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay que tener envidia á los que los tienen, príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente: que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

»Si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo.»

Y basta por no dar aquí formas de sermón á mi discurso, que estos consejos parecen nacidos de la boca de un Santo Padre de la Iglesia y no disuenan entre las sentencias y parábolas de Salomón.

Ellos hablan solos, y solos y sin otras pruebas que los acompañen, confirman mi aserto de que el Ingenioso Hidal-

go manchego fué caballero cristiano sin mezcla de turco, ni de hereje, ni de judío.

Yo he oído estos consejos, que pueden ser código de la conciencia, puesto que nacieron de las entrañas del Evangelio, los he oído sonar vencedores en las Cortes en medio del tráfago vocinglero de la política, los he escuchado en los palacios de la justicia humana saliendo de los labios del letrado defensor y en las intrigas cortesanas, siempre dando al traste con la ambición y la codicia; y donde quiera que los he escuchado, han sonado en mis oídos, como deben sonar en los oídos del proscrito aquellos cantares cristianos con que nos arrulló la patria por boca de nuestras madres en las inocentes horas de la infancia.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

(*Continuará*).

HIMNO DEL NIÑO AL DESPERTAR

(Traducido de Lamartine).

¡Oh Padre á quien el mío reverencia,
cuyo nombre tan sólo de rodillas
nombrarse puede; cuyo nombre dulce
y terrible inclinar hace la frente
de mi madre: Este sol brillante, dicen,
que un juguete es de tu potencia sólo,
que tendido á tus pies se balancea
como brillante lámpara encendida.
Los pajarillos, dicen, que en los campos
haces nacer; que das al niño un alma
porque también él conocerte pueda;
que recubres de flores los jardines
con que ellos se engalanan; que los frutos
sin ti el pastor avaro no obtendría.
El Universo entero es invitado
á los bienes que pródigo repartes,
y de Natura á este festín no excluyes
insecto alguno: Pace el corderillo
el sérpol y el citiso la cabrilla,
y la mosca en el borde de mi vaso
de la leche las blancas gotas chupa,

y la alondra del duro grano come
que el espigador deja que le quite,
y al aechador sigue el gorrión siempre
y va el niño á los brazos de su madre.
Para gozar los dones que difundes
al mediodía y á la tarde y cuando
la Aurora nace llena de armonías,
¿qué es necesario? Pronunciar tu nombre;
tu nombre de los Angeles temido,
¡oh Dios! mi labio á balbucir se atreve.
Dicen que él gusta recibir los ruegos
que á él la infancia dirige candorosa,
porque ignora ella misma su inocencia.
Dicen que sus humildes alabanzas
suben siempre mejor á sus oídos,
y que pueblan los ángeles los cielos,
y que los niños á ellos se parecen;
Pues que tan lejos nuestras voces oye,
cuanto los otros seres necesitan
para ellos sin cesar voy á pedirle:
Dad, Dios mío, á las fuentes claras ondas,
plumas dad al alegre pajarillo,
á los corderos recubrid de lana,
sombra y rocío dad á las llanuras,
al triste enfermo la salud perdida,
dad al mendigo el pan que hambriento implora,
al pobre huérfano prestadle techo,
romped del prisionero las cadenas,
conceded numerosa descendencia
al padre que del cielo al Señor teme,
y para que feliz sea mi madre,
sabio hacedme y dichoso; Que aunque niño
sea yo bueno, así como el del templo
que las mañanas todas sonriente
á los pies yo contemplo de mi cama;
que en mi alma resplandezca la justicia,
que siempre la verdad brote en mi labio,
que temeroso y dócil, fructifique
en el corazón mío tu palabra,
y que siempre mi voz á ti se eleve,
como se eleva el humo del incienso
que el incensario quema, y con sus manos
los tiernos niños como yo te envían.

VICENTE MIELGO, Sch. P.

UN RETOÑO DEL ARBOL CALASANCIO

I

¡Venecia! ¡Cuán gratos é indelebles recuerdos compendia esta palabra! ¡Qué indecibles emociones se levantan entre las brumas de la memoria al mágico conjuro del nombre de la Perla del Adriático, de la poética y encantadora ciudad de las lagunas! Las blanquecinas y orientales cúpulas de San Marcos; sus áureos mosaicos y airosas columnas de pórfido, jaspe y alabastro; su riquísima *pala d' oro,* retablo formado de placas de oro y plata esmaltadas con profusión de pedrería; los mástiles donde ondearon desde el siglo XVI las banderas de Creta, Chipre y Morea; los cuatro caballos de bronce dorado de 1'60 m. de altura, traídos de Constantinopla en 1204, por el *doge* (y no *dux,* como se dice generalmente) Dándolo; las columnas gemelas de granito que sostienen el león al lado de San Marcos y el cocodrilo de San Teodoro; la grandiosa plaza que ve levantarse de nuevo el majestuoso *campanile* que se rindió al peso de las centurias hace cinco años; aquella plaza sin rival donde centenares de plomizas y mansas palomas se posan sobre los pacíficos transeuntes, que les ofrecen el codiciado maíz; el magnífico Palacio Ducal con su monumental *Porta della Carta,* vasto *cortile,* regias escaleras, suntuosas salas; puente de los Suspiros, que comunica con los *Pozzi,* lúgubres prisiones de los criminales políticos, que inspiraron magistrales páginas á Silvio Pellico; la isla de San Jorge Mayor con su Basílica, la sala del Cónclave que eligió á Pío VII en 14 de marzo de 1800, el Campanario de 60 metros de alto, actualmente la mejor atalaya para contemplar el espléndido panorama de las ochenta islas venecianas; y la deliciosa Sido, que parece el edén de un cuento de hadas y la célebre Academia y otras preciosidades, que encierra la antigua capital de Véneto van desfilando como en interminable y variada cinta cinematográfica por la imaginación, renovando hondas impresiones y meciendo el espíritu en la ligera góndola de plácidos recuerdos al son de dulces barcarolas.

No son estos monumentos de la peregrina ciudad, cantada por Byron y embellecida por Pablo Veronés y el Tintoretto, Sansovino y ambos Canaletti, por el Tiziano y Tiepolo, los que ponen la pluma en nuestras manos. Al lado de los monumentos religiosos y artísticos, que son delicia y encanto del viajero estudioso é imán que cautiva al turista distraído figuran otros no tan conocidos, y aunque de orden bien diverso, dignos de especial mención por su indiscutible mérito y pública utilidad. No nos referimos á los estrechos lazos históricos que ligaron á la República Veneciana con la entonces poderosa España al acometer, armando sus fuerzas navales, la épica empresa de Lepanto, ni á que en 1576 los venecianos, en agradecimiento de haber adquirido de los barceloneses una copia de las leyes políticas, civiles y marítimas del Principado de Cataluña, regalaron al Cuerpo municipal de nuestra ciudad la preciosa máquina del reloj, que fué desde luego colocada en la torre de la Seo. Aludimos á la agradable sorpresa que en la ciudad anfibia nos causó una Institución de enseñanza popular católica, informada del más genuino espíritu calasancio y que venera como Protector y alma de sus caritativas tareas al incomparable Pedagogo y gran Patriarca de la niñez, nuestro bendito Padre San José de Calasanz. En una de las plazas más céntricas y concurridas de Venecia saludamos la estatua erigida en memoria y honor de Nicolás Tommaseo, el escritor insigne, gloria de las letras latinas é italianas y agradecido discípulo de las Escuelas Pías, que compuso para instrucción y ejemplo de nuestros alumnos una muy apropiada biografía del Apóstol de los niños, que fué vertida al castellano en 1874 y de la que se han hecho varias ediciones. El Instituto de Caridad, llamado vulgarmente de los Padres Cavanis, del nombre de sus venerables fundadores, llamó vivamente nuestra atención, y al visitar su Colegio é iglesia nos pareció descubrir en los marmóreos labios de la efigie de San José de Calasanz una sonrisa, en la que se mezclaban la benevolencia y el cariño hacia aquella obra, que bajo su tutela florece y prospera hace más de un siglo en aquella deliciosa y lejana región, donde los hijos de tan gran

Padre no hemos ejercido directamente el evangélico ministerio de nuestra pía enseñanza y educación. Trasladar al papel los recuerdos é impresiones recogidas en las breves horas que pasamos con aquellos celosos Sacerdotes educadores, ampliar las concisas notas de cartera tomadas rápidamente, he aquí lo que nos proponemos en una corta serie de artículos, que obedeciendo indicaciones, que para nosotros son mandatos, comenzamos hoy sobre el Instituto de las Escuelas de Caridad, fundadas en Venecia el 2 de mayo de 1802 por los nobilísimos condes y venerables hermanos Antonio Angel y Marco Antonio Cavanis.

E. R., Sch. P.

GLORIAS DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN ESPAÑA

(Continuación)

Entre los varios tratados lulianos encuéntranse los siguientes: *Tractatus de astronomia.—Ars astrologiæ.—Geometria nova.—Geometria magna.—Ars navigandi,* etc.

A mediados del siglo XVI publicó el dominico Juan de Hortega su *Tractado subtilisimo de Arismetica y de Geometria,* que luego amplió Gonzalo Busto.

Pocos años después publicaba Fr. Juan Salón su libro *De emendatione kalendarii romani.* Notabilísimo es, sobre todo en ciencias exactas, el P. José Zaragoza, no dejando apenas rama de las matemáticas en que no se ocupase. (*Cursus mathematicus.—Aritmética universal.—Geometría especulativa y práctica de los planos y de los sólidos.—Trigonometría española,* etc., etc.)

Muy notables fueron también Fr. Juan Aparicio, de la Orden de la Merced (*Tractatus geometricus complectens doctrinam Elementorum Euclides.—Tractatus astronomicus de sphæra mundi,* etc., etc.); Fr. José Domingo Pontí (*Matemáticas: noticias de Geometría, astronomía y aritmética*); el notabilísimo P. Vicente Tosca (*Compendio matemático en que se*

comprenden las materias principales de las ciencias que tratan de la cantidad.—Experimenta physico-matematica, etc.); el ya tantas veces mencionado por su fecundidad P. Feijóo, el cual tanto en *Teatro crítico* como en sus *Cartas eruditas,* trata de una infinidad de puntos relativos á las matemáticas; el Padre José Casani (*Tratado de la naturaleza, origen y causas de los cometas con la historia de ellos*); el P. Gaspar Alvarez (*Elementos geométricos de Euclides, dispuestos en método breve y fácil*); el P. Tomás Cerdá (*Lecciones matemáticas ó Elementos generales de Aritmética y Algebra,* etc.); el P. Antonio Eximeno (*Observatio transitus Veneris per discursæ solarem facta in Regia specula una cum Christiano Reiger,* etc.); el P. Antonio Ludeña (*Geometriæ et Algebræ Elementa, partes due.—Varios opúsculos polémicos sobre cuestiones matemáticas,* etcétera, etc.); el P. Fr. Agustín Canellas, inventor de un instrumento de precisión para observaciones geodésicas (*Elementos de astronomía náutica*).

Por lo que hace á las ciencias físicas, y prescindiendo de Raimundo Lulio á quien se atribuyen multitud de tratados de alquimia que Litré, Luanco y otros críticos consideran apócrifos, distinguiéronse el célebre agustino Fr. Andrés de Urdaneta, que acompañó á nuestro ilustre marino Legazpi en la expedición á Filipinas, y que dejó no pocas observaciones sobre los ciclones y la rosa náutica; el P. Hernando Castrillo (*Magia natural*); y el P. Feijóo, entre cuyos discursos hállanse los relativos al *Peso del aire, Esfera del fuego, Nuevas propiedades de la luz, Sobre la electricidad, Sobre la porosidad de los cuerpos,* etc., etc.; y otros muchos discursos enlos que trató de vulgarizar las principales nociones de física, de metereología y otras varias; el P. Teodoro Almeida, que con el mismo fin de vulgarizar los conocimientos físicos escribió sus once volúmenes de *Cartas físico-matemáticas* y su *Diálogo* sobre la filosofía natural.

Sobresalieron en ciencias naturales Fr. Bernardino de Sahagún, que en su *Historia de las cosas de Nueva España* dedica uno de los libros á tratar de los animales, aves, peces, árboles, yerbas, etc.; Fr. José de Acosta, que por su grandio-

sa obra *Historia natural y moral de las Indias* mereció, además del dictado de *Plinio del Nuevo Mundo* y los grandes elogios de Alejandro Humboldt, el que su obra fuese traducida á casi todas las lenguas europeas; y los Padres Eusebio Nieremberg (*Historia Naturæ maxime peregrinæ libris XVI distincta..... Curiosa y oculta filosofía de las Maravillas de la naturaleza*); Alonso de Ovalle (*Histórica relación del reino de Chile*); Francisco Ignacio Alsina, uno de los primeros iniciadores del estudio científico de la naturaleza en Filipinas (*Historia natural de las islas Bisayas*); Bernabé Cobo, que después de más de cincuenta años de estudio y observación escribió su *Historia Natural del Nuevo Mundo;* Pedro Lozano (*Descripción Chorografica del Terreno, Ríos, Arboles y Animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco Gualamba...* etc.); José Gumilla, que describió la flora y la fauna del Orinoco; el franciscano José Torrubia, cuyo profundo estudio sobre los fósiles le mereció grandes elogios (*Aparato para la Historia natural española*); Fr. Martín Sarmiento (*Historia natural de Galicia.—Carta sobre la Historia natural,* etc., etc.); Mateo Aymerich (*Historia corográfica, natural... de la Nueva Andalucía, provincias de Cumana, Guayana y vertientes del Orinoco*); y Juan Ignacio Molina que fué el primero que dió á conocer el género *Phytotoma* y la forma peculiar de los huevos del *Phœnicopterus Chilensis;* con otros muchos que pudiéramos citar, aun de nuestros días, como los Padres González Arintero, Vincent, Zacarías Martínez, el obispo Vigil, el Padre Merino, y los Padres agustinos Mercado, Blanco, Llanos, Naves y Fernández, autores de la monumental obra *La Fauna y la Flora de Filipinas.*

CAPÍTULO V

Las Ordenes religiosas y los estudios literarios y crítico-históricos

Con indecible fruición escuchábamos hace no muchos años á uno de los primeros literatos de Francia, que habien-

do sido engañado en sus mocedades por el espejismo de una falsa ciencia, creyó por un momento, de buena fe, que la ciencia, emancipada de la religión y de la fe, bastaría á llenar todas las necesidades del corazón humano y todas las exigencias de la razón tanto en el orden moral como en el social y político; al ilustrado, culto y elegante escritor, á la vez que por muchos años director de la famosa *Revue des deux mondes;* al célebre autor de la frase *La bancarrota de la ciencia;* en una palabra, al insigne Brunetière, por cuya sensible pérdida aun viste luto la Francia, las letras y aun la misma religión; escuchábamos, digo, y oíamos de sus labios decir, con motivo de la visita que se dignó hacer á España, que la literatura francesa en lo que tiene de mérito y valor se lo debe todo á la literatura española. Esto es verdaderamente reconocer con la ilustración del sabio y la caballerosidad del que no se casa con el error ni la ficción lo que por torpe ignorancia ó insigne mala fe han desconocido ú osado negar algunos escritorzuelos de casa que pretenden pasar plaza de literatos sólo porque citan, sin conocerlos por supuesto más que de nombre, á Boileau, Corneille, Racine, Dante, Schiller, Goethe, Byron, Blair, Voltaire y á algún otro literato, poeta ó preceptista cuyo nombre han aprendido en algún recorte de periódico, en alguna conversación de casino ó café, ó cuando más en alguna conferencia de Ateneo. ¡Por lo visto hoy la ciencia ya no se cotiza más que en tales lugares! Sí; es apenas concebible, como ha dicho nuestro gran literato santandarino Laverde, cómo algunos cerrando los ojos á la realidad, se empeñan en negar nuestras glorias por los extraños, si las poseyeran, ensalzarían hasta las nubes, sin encontrar términos con que poderlas encomiar cual se merecen. ¿Quién, en efecto, que esté, si no familiarizado, á lo menos medianamente versado en nuestra literatura, ignorará que Corneille, el primer dramaturgo francés en la tragedia, en la comedia y en la ópera, se lo debe casi todo á los españoles? Voltaire le llama «el ilustre fundador de la tragedia francesa por el *Cid*»; y ¿quién desconoce que le tomó de nuestro Guillén de Castro en sus *Mocedades del Cid*, hasta el punto de traducirle casi al pie

de la letra en muchos pasajes? (1); asimismo llámale «fundador de la comedia por su *Menteur;* y ¿quién no sabe que se inspiró en la *Verdad sospechosa* de nuestro Ruiz de Alarcón? Afirmó lo mismo en lo tocante á la ópera, por la *Psiquis,* que escribió en compañía de Molière, el cual, como es sabido, imitó á nuestro Moretó. ¿Quién ignora también que el mismo Corneille dijo, hablando del *Menteur:* el argumento de esta pieza es tan ingenioso que porque fuera invención mía daría dos de mis mejores composiciones?

Persuadámonos por lo tanto de que dentro de casa tenemos mucho y bueno ¡que debiéramos conocer mejor, guardándonos, siquiera por prudencia, de dictaminar sobre lo que no conocemos ó no es de nuestra incumbencia.

NICOLÁS YÁBAR.

(*Continuará.*)

CARTA SOBRE EL VERDADERO CONCEPTO DE LA EDUCACION

(Continuación)

Estimado amigo: Celebro que el espíritu filosófico, con que dice V. que lee mis cartas, le haga observar algunos descuidos en la exposición de mi pensamiento; porque indudablemente los tendré, á veces, en una materia de suyo tan delicada. Refiriéndose V. á la correspondiente en que traté de la identidad—lo entendió mal, amigo mío—de la instrucción y la educación en la obra de formación del hombre, me dice usted que no ve claro el fin que me propongo, al hablar de la manera que lo hago.

No recuerdo si yo le hablaba á V. de semejante identidad, porque es preciso dilucidarlo bien sin añadir ni quitar á mis palabras, ni trasladarse de terreno, para llegar al fin sin tor-

(1) «Sin el Cid de Castro no hubiera existido el Cid de Corneille, dice Gil de Zárate; y sin esta tragedia acaso tampoco existieran las demás obras que tanta gloria le dan; pues en ella fué donde el poeta francés empezó á adquirir aquel tacto dramático, aquel arte de expresión noble é interesante, aquel diálogo rápido y sostenido, ya tierno ya sublime, que caracteriza al autor del *Cisma y de los Horacios.*»

cer el curso de la lógica. De que yo le mencionase la igualdad práctica de los términos no se sigue que realmente no abarque el uno más que el otro; que la educación no añada á la instrucción alguna idea digna de tenerse en cuenta. Pero no estamos en este caso, é inclinarse demasiado á divisiones excesivas, llevar demasiado lejos un análisis de abstracción, equivale á una disección que destruiría el raciocinio. No, amigo mío, se lo repetiré á V.: no trataba de establecer identidad entre términos que no la tienen, sino de prescindir en la realidad de teorías demasiado en boga por desgracia. Y ¿qué se saca de semejantes distinciones entre objetos que no admiten separación en la práctica? ¿Qué bien se proporciona á la Pedagogía con doctrina semejante, al confundir la mente del Profesor con tal abundamiento de ideas? ¿Para qué esas cuestiones sobre la instrucción y educación, si ha de decirse al fin que no existe instrucción verdadera sin la educación, ni ésta es perfecta sin aquella?

Que todo estó podrá ser buen material para discusiones filosóficas, mas el Profesor que entre en una clase con ánimo de practicarlo, aislando una de otra las dos partes, corre el riesgo de comprometer la formación del hombre. Para él, cuando conoce su misión, no existe en la Pedagogía otro objeto en que haya de entender que la educación, desarrollo total, formación completa; y esto quería decir, y creí que usted lo había entendido de este modo, cuando me dijo en su estimada lo que me decía; cuando con aquella fecha me indicó V. los obstáculos que se oponían á desenvolver mi idea, no comprendo por qué género de raciocinio ha salvado la distancia inmensa que va de extremo á extremo; no acierto á explicarme cómo vió allí el conjunto de graves consecuencias que apuntaba, si posteriormente me escribe V. en el sentido que lo hace: aunque por los restrictivos que pone á sus frases, por ciertas reticencias que se notan en el curso de sus palabras, bien se hecha de ver que el anatema no es lo que me figuraba desde un principio; pero veo la necesidad de volver sobre mis pasos para insistir en materias ya tratadas: por la claridad lo siento, porque necesariamente habrá de resultar sacrificada.

Pero si me dice V. que del modo que lo hago no he de tener el placer de procurarme lectores y sacar discípulos aprovechados, me tomaré un rato para meditar, y aunque mucho lo dudo, y hasta podría añadir que no lo creo, porque es difícil quitar del ánimo lo que forma la convicción pedagógica de mi vida, me resignaré á secundar sus deseos, dando á mis ideas un sesgo más filosófico, y, si V. quiere, más profundo. Pero mucho me temo que, atendido el espíritu de nuestra sociedad, se equivoque V., y de rechazo vengan á dar en mí los platos rotos.

No podré precisarle hasta qué punto son verdad sus palabras; V. las juzgará; decía un párrafo de su atenta: «La ins»trucción es algo así como una piedra que no llega á consti»tuir el fundamento, la educación es el edificio; la instruc»ción es una parte ornamental, la educación es el todo; y ¿no »es lógico y natural que se establezca distinción entre la par»te y el todo, entre las propiedades de un ser y este ser mis»mo? Esto me parece incontestable, y creo que irse por otro »camino para asentar una igualdad fantástica, es tanto como »pretender que se confundan los elementos dentro de un sis»tema que, al estudiar los objetos, los destruye, porque á esto »equivale mirar sólo las relaciones de las cosas, reconocer las »partes de un ser, sin concederles existencia propia diferente »de la subordinación á un todo que las absorbe y asimila en »vida propia.» Así me decía V.: y he de felicitarle á V. por ello, porque sus razones están bien presentadas y son realmente fuertes y robustas; pero he de advertirle que todavía no tienen tan firme la existencia como la tiene inquebrantable la realidad; porque sus ideas de V., su argumentación se acomodarán á determinado orden de cosas y vivirán mientras tengan razón de ser, pero la realidad se doblegará á todo, y pasará al través de los tiempos sin desmerecer de su fuerza, antes aumentándola con ello, porque tiene su argumentación y sus pruebas precisamente en el curso de estos mismos tiempos.

Que existe la palabra instruir ¿quién lo duda? ¿Que existe asimismo la palabra educar, y que no puede confundirse el

significado de ésta por lo que significa aquélla, sin exponerse á equivocaciones de cuantía al discurrir? No recuerdo que le haya dicho lo contrario en ocasión alguna. Pero de esto á quererlas separar en la práctica hasta hacerlas andar paralelamente, sin que jamás se toquen ni se aproximen, va un espacio inmenso; querer consagrar un solo momento á la una con absoluta exclusión de la otra, y luego atender á ésta aisladamente de aquélla, equivale á perder el tiempo y á no conocer á fondo el corazón del hombre en sus relaciones con el entendimiento; empeñarse en un estudio práctico para que mutuamente no se comuniquen fuerza y no se confundan un solo instante, es empeñarse en el imposible físico de borrar de la naturaleza las leyes de nivelación en vasos comunicantes.

¿Por qué género de lógica puede terminarse en la separación de los dos extremos, partiendo de una noción exacta sobre la educación humana? ¿No es instante perdido para ésta aquél que no tiende á perfeccionar al hombre, y no es perfeccionamiento la idea esencial que comprende la educación? ¿Y no es ésta el fin exclusivo de la pedagogía? ¿Habría cumplido su deber un Profesor dando á sus discípulos nociones de toda clase sin distinguir entre doctrina y doctrina, entre el error y la verdad, entre lo teórico y lo práctico? ¿No es obligación de los mayores presentar una selección prudente en esa confusión y hormigueo de conocimientos en que andan confundidos lo verdadero y lo falso? ¿Y no es educación acostumbrarlos á proceder en todos los casos con lógica robusta para que no se los lleven tras sí los extravíos de una pasión desordenada? Como se ve, amigo mío, la realidad se presenta poco consecuente con sus ideas: nuestros propios usos, la tendencia misma de la educación contradicen sus teorías; la noción fundamental de educación opone sus razones á los calculados principios que sienta V., y el instinto nos aconseja que no separemos lo que Dios unió en íntimo consorcio.

No sé si habrán de resultar de su gusto de V. estos principios; cuando sea hora le hablaré de otras razones que aca-

ben de probar estas verdades, si es que ya no son bastantes las que dejo presentadas.

Y en espera de lo que sea, cuando llegue, nuevamente se ofrece á sus órdenes de V. su afectísimo amigo y S. S., q. b. s. m.,

S. S. Escolapio.

(Continuará)

UN BARRIDO NECESARIO

Es una necesidad de higiene pública moral en la sociedad, lo que nos impele á hablar. Porque resulta profundamente barrenada ésta por la causa que nos mueve, al punto de que, no ya vergüenza, grima produce considerar que ella exista, y que sea forzoso insistir y procurar desaparezca por decoro en obsequio al verdadero arte, y más aun por espíritu de conservación.

Se ha clamado contra ello. ¡En balde! ¿Es que se ha llegado ya á los últimos límites de la ceguedad y del descoco, de la impudencia y de la perversidad? ¡Y hay quien sueña en regeneración y patria nueva y no dedica toda la energía de su alma á combatir el mal! Puede afirmarse, con toda verdad y siempre con voz deficiente (pues urge *obrar*, no *hablar*), que mientras se sirva el veneno, no ya en taza de oro, sino en desportillada vasija de barro (¡tanta es la tontería!) siempre el mismo intencionado asunto; perennemente la lúbrica imagen de la deshonestidad á la vista, en negro y en colores reproducida; más ó menos velada, pero siempre torpe; hasta con un conato á veces de reminiscencia artística; ofrecida á juveniles ojos con la mayor profusión y facilidad; de esos ojos preparados por el espectáculo teatral; propagada la inclinación aviesa, para que nadie escape, con los excesos de los atavíos femeniles, á cada paso y más á lo vivo; mientras sea completamente libre la pérfida tarjeta postal ilustrada, de que tanto uso en general, y abuso tanto se hace, ferozmente pro-

pagador abonado de todo lo malo; de lo inmundo, de lo deforme, no habrá costumbres, ni habrá freno, ni moralidad, ni por consiguiente familia, y, por ende, sociedad posible. ¿En qué piensan las gentes cuando entonan himnos al progreso y al bienestar sociales, y no advierten la presencia del enemigo que se nos ha colado dentro, y por todas partes, algo así como duende maléfico, que, en efecto, es una *evaporación del infierno,* siendo así que podría contrarrestarse con las naturales leyes del pudor, y, si apuramos más, con el simple sentido común? ¿Es que se ha perdido la facultad de pensar? ¿Tanto pueden ya las tendencias bajas al tolerar *eso?*

No hablaremos del verdadero asesinato cometido con los libros anticristianos, faltos de doctrina y sobrados de malicia; sí de las revistas iliterarias y obscenas, que pululan en barberías y establecimientos de modesto vuelo, en muchos sitios donde hay que guardar turno; como si no fuese bastante el perjuicio irrogado á la cultura pública, poniéndolas al alcance de quien las compra directamente y llegando hasta otras partes menos modestas, probando dos cosas muy ciertas: la poquísima decencia de quien las tiene en su casa, faltando al respeto debido á sus parroquianos, y el menor sentimiento de dignidad aun en los concurrentes que no se retiran inmediatamente de tales sitios en señal de protesta.

Es intolerable tal situación á título de civilización y de arte, cuando precisamente atacan esas manifestaciones tipográficas á esas mismas arte y civilización. Los resultados que en definitiva se lograrán son terribles. Mientras dura esa tregua con lo malo y con lo feo, preparando y rematando un raquitismo moral inevitable, pues los corazones descaecen, llénanse de liviandad y bajeza en los pequeños, en los menos ilustrados; pero en los elevados, en los cultos, en los que descuellan en el mundo como hombres de figura, de barro formados también, al fin y á la postre no inmunes totalmente, pues que viven muchísimos sin el escudo de la Religión practicada, que flojean y se corrompen al fin, si es que, con ilustración y todo, no se hallan ya corrompidos... ese peligro también lo es para ellos.

¡Lúgubre espectáculo el ofrecido por una sociedad que sigue la vida del instinto, después de haber alcanzado las altas cimas de la cristiana cultura! Las recaídas en las enfermedades físicas suelen ser fatales. Nada decimos de lo que ocurrir puede en la vida espiritual. Dios en su paciencia infinita, permite plagas que no tienen explicación á simple vista; hasta que mande, de persistir en la obstinación, no las armas de un César victorioso, de férreo brazo que encauce tan disoluta sociedad; sí la espuerta colosal de un basurero, que de un escobazo barra del mundo tanta inmundicia, si á tiempo no la cortamos.

No hay que entonar cantos patrióticos mientras *eso* permanezca. Si el concierto nocturno en las aguas encharcadas que las ranas entonan desde su lodo, donde ellas pululan, resulta monótono y triste; ante el espectáculo señalado es cien veces más poético que los graznidos y manifestaciones de aquellos cuervos de mal agüero, que en realidad son verdaderos sátiros...

LEONCIO GONZÁLEZ Y LLOPIS.

Editor Pontificio

Arbol Calasancio

20 de octubre de 1645.—Muere en Nicolsbourg, víctima de la caridad para con los apestados, el venerable P. Ambrosio Leailth de Santa María, Rector de aquel importante Colegio, á la edad de cuarenta y tres años. Varón altamente instruído en las ciencias y adornado de admirable inocencia de vida, fué de los primeros Religiosos que pasaron á Alemania y destinado por el primer Rector de Filosofía y Filología. Su fama aun persevera allí reciente, habiéndole hecho célebre el fervor con que se dedicó á la conversión de los herejes, porque cogió copioso fruto de sus sermones y disputas, á las cuales no podían resistir aún los más instruídos de ellos y más obstinados. Mereció que le dieran el título de *martillo de los herejes y nuevo apóstol*, y que le escribieran á la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide* muchas alabanzas de sus empresas apostólicas, y, entre otras, que en sola una Cuaresma había reconciliado con la Iglesia á más de dos mil luteranos. Fué admirable catequista, y aunque era muy aficionado á los ejercicios del Instituto, se

mostraba más inclinado á enseñar la Doctrina cristiana á los niños. Fué admitido por el Santo Fundador, al Hábito, en los principios de la Religión, en Roma.

—Leemos en *El Deber*, semanario católico de Olot, que se ha instalado en el Colegio de las Escuelas Pías, *un calaix de propaganda católica;* y sobre este particular transcribimos unas cuantas líneas de un articulito firmado por Mossén Geroni Gelada: «¡Ditxosa la causa que te al seu costat la joventut! La joventut escolar son les energíes fruytoses, els entussiasmes práctichs son les obres perdurables. Afegiuhi que son Congregants y un se fará cárrech de lo que pot donar el trevall que ja han encomensat els de l' Escola Pía á favor de la propaganda del ideal católich..... Els estudians de l' Escola Pía n' han donat l' exemple; que Deu vulga 'l segueixin les demés escoles de nostra ciutat.»

Muy bien por nuestros amigos y discípulos de la católica y encantadora ciudad de Olot.

—La revista regional *Catalunya* que ve la luz en la Habana, relata las fiestas de San José de Calasanz celebradas en nuestra capital, y acaba diciendo: «Goig donava presenciar las festassas que los bons y respectats fills de Calasanz celebraven; y mes que goig era veure aquella munió d' infants que ab cara riallera y enjogassada miravan ab respecte y carinyo als seus ja may prou alabats mestres y professors que mes qu' ells estavan joyosos de ditas festas. Numerosas y respectables familias assistiren á les funcions y una volta més quedaren demostrades les simpatíes que inspira als barcelonins la santa y profitosa ensenyansa que donen als seus deixemples los Pares Escolapis.»

Nosotros, como agradecidos discípulos de la Escuela Pía, damos las más cumplidas gracias al director de *Catalunya*, que allá, allende los mares, aun conserva ardientes el amor y cariño que desde la infancia profesó á la Orden Calasancia.

—A los santos ejercicios dados hace poco en el Colegio de Moyá el Reverendo clero de la comarca, asistieron de 38 á 40 sacerdotes, á quienes dirigió la palabra el Rdo. P. Pío Galtés, de las Escuelas Pías de Sabadell.

—Con sumo gusto damos á conocer á nuestros lectores la reaparición de la simpática revista *Ave María*, eco sonoro de la Congregación Menor de Nuestra Señora de Escuelas Pías y la del Santo Angel. Contiene instructivos artículos, hermosas poesías y algunos grabados que amenizan el interesante texto. He aquí el sumario: Manos á la obra.—Según mes de María.—El Padre José.—Lo Sant Rosari.—L' orfanet.—Notas de arte.—La medalla del día.—Historia de un joven.—Sección de noticias.—Sección amena.

Imprenta de la Casa Provincial de Caridad.—Calle de Montealegre, núm. 5—Barcelona